

# El Día que Facebook Murió

Elvis Conti



## Capítulo 1

Hace un par de días acudí como cada semestre a mi clínica gerontológica. Después del macroescaneo y los exámenes de rigor me diagnosticaron con cáncer en la próstata. De manera que tuve que quedarme otra hora más, 30 minutos para eliminar las células positivas con el láser prostático y, una vez practicado el procedimiento, otros 30 para confirmar su desaparición. Para eso, me hicieron pasar a una salita de espera.

La sala era totalmente blanca. Todo. Los muebles, piso, techo, alfombras, paredes. Todo. Y estaba concentrado tratando de dilucidar las razones por las que tuvieron ese cuidado escrupuloso para no permitir, ya no otro color, ni siquiera algo metálico o un filo negro o gris en los muebles. Por esa razón me sorprendí tanto, cuando apareció inesperada, a un costado mío, una niña pequeña con un vestido rojo intenso.

- *Hola* - Dijo con gran naturalidad. Se trataba de una niña de no más de 5 años. Su vestido rojo hacía juego con sus mejillas arreboladas. Observé a su madre a la distancia, quien no le quitaba la vista.

- *¿Estás triste?* – Me disparó de pronto. - *Me pareció que sí*- Repuso enseguida, sin dejar de observar mi barba blanca.

- *No estoy triste ¿por qué lo preguntas?* – Le contesté con la misma confianza con la que ella se había aproximado.

- *No sé decirte. Cuando te vi no pude pensar en otra cosa, más que ¡Ese hombre es muy triste!* – Remató levantando el tono de su voz aguda y gesticulando ampulosamente con sus bracitos.

Yo me quedé callado, no supe que decir. Pensé decirle cualquier cosa, algo chistoso, alguna frase de abuelo, de esas que siempre les caen bien a los niños. Pero no me salió nada. Me quedé quieto con mi gran barba blanca.

La niña ya no dijo nada más. Se encogió de hombros y se marchó con su mamá. Yo me quedé ahí, buscando en el blanco infinito que me rodeaba un punto donde fijar mi mirada. Una vez que me confirmaron la eliminación del cáncer me fui de ahí, pero no pude dejar de pensar en la niña y su pregunta.

**-0-**

Si a alguna persona se le ocurriera preguntarme, ahora que vivo mis setentas, por los días más tristes en mi vida, con absoluta certeza tendría que incluir ahí, entre otros infaustos, aquel en el que Facebook murió. Desde luego, uso la palabra "*murió*" como una analogía, aunque es posible

que no resulte ser, después de todo, un dislate.

Antes, nunca hubiera podido llegar a pensar que la tristeza (aunque en su momento le llamaron depresión post traumática) podría alcanzar una categoría de pandemia. Ese día el mundo verdaderamente se transformó en una aldea global. Bajo un mismo cielo, un mismo aire, y una misma y honda pena.

Yo ignoro si la gente joven a mi alrededor, y la no tan joven, hayan sido realmente tocados por este hecho. Incluso, mis coetáneos, desearía saber si conocen esta noción de vacío, de pérdida irremediable como la que yo he cargado durante todo este tiempo.

Claro, las nuevas generaciones han aprendido en las escuelas sobre el apagón de Facebook, como lo hicieron también con la caída del Muro de Berlín, el 7-11, la pandemia del 2020, el gran sismo del atlántico en el 2028, la nefasta hambruna africana del 2036 o la fractura del casquete polar en el 2040. En la escuela debieron haber asimilado la revolución que esa plataforma significó para millones y millones. Para nosotros, la llamada "Generación Facebook", tal y como lo hicieron la radio y el teléfono hace ya 150 años. Pero, a la distancia, tengo la sensación de que, paulatinamente, la historia misma se va impregnando de una apatía descomunal. Así, la honda impronta que a muchos nos testó ese hecho, tan desdichado y de muchas formas sombrío, se disuelve como estatua de sal frente al mar.

Por mi parte, y conforme con lo que suele suceder con los hitos, recuerdo cada pequeño detalle de ese día. Tan fresco lo tengo, que me pareciera que solo han transcurrido apenas unas semanas, y no los 30 años que pronto se cumplirán.

**-0-**

Era martes.

El martes 22 julio del 2025, un día excesivamente caluroso. Hacía ya algunos años que los efectos del cambio climático, según se argumentó, había obligado a las autoridades de la CDMX a instalar aire acondicionado en los vagones del Metro. Esto, después de que entre sus millones de usuarios se presentaran una sucesión alarmante de casos con desmayos, náusea, vómito y otros síntomas.

Pues bien, viajaba yo beneficiado por esa reciente medida, bajo un chorro pleno de aire fresco sobre mi cara.

En esos largos recorridos que hacía en la flamante Línea D, que iba de Cuajimalpa a Tlalnepantla, mataba yo el tiempo con un hábito muy arraigado en mí, una rutina que había adquirido desde mis años mozos,

allá por principios del siglo, recién llegado de mi tierra. Para eso, solía escoger entre los pasajeros, aquellos con los rostros más sugestivos, los más dignos de mi curiosidad; para luego empezar a fantasear con sus vidas. Me bastaba muy poco, un gesto, su aspecto, la ropa, etc. Suficiente para trazar en un lienzo mental, lo que yo presumía era el pasado, presente y futuro de cada uno de ellos. Aun guardo por ahí, en algún cajón depositario de mis afanes literarios, algunos cuentos olvidados que escribí a partir de esos ejercicios de imaginación.

Ese día, llamó a mi atención, por encima del resto de los pasajeros, una mujer de mediana edad, un poco canosa, rubicunda y corpulenta; según el ángulo en el que yo la veía. Ella, a pesar del ambiente agradable que reinaba en el vagón, sudaba a chorros tal y si estuviera en un sauna. Frente a sí, manipulaba frenéticamente un dispositivo, y dábame la impresión que estaba muy afectada, pues bien podría haberse pensado que su vida dependía de la información que el aparato supuestamente le negaba. Bastó muy poco, para empezar a devanear sobre la historia que esta peculiar dama me procuraba.

Esta persona, extrañamente, de vez en vez, volteaba a ver a los demás con un prurito en su mirada, quizá pretendiendo involucrarnos en su drama personal, o mejor, dándonos a entender que el problema no solo era de ella, sino de todos los ahí presentes. Lamenté tener que llegar a mi destino, la Estación Interlomas, antes de poder terminar de enrollar la madeja que esta mujer me incitaba. Antes de apearme, lancé un último vistazo y advertí con gran extrañeza que otros pasajeros en ese transporte habían asumido una conducta muy similar a la protagonista de mi cuento recientemente frustrado, ellos también permanecían ensimismados en sus aparatos con una faz de notable preocupación.

Una vez que puse un pie en la calle, procuré expulsar de mi mente todo aquello que no se relacionara con mis negocios. Ese día, especialmente esa tarde, que estaba marcado en mi calendario mental desde hacía muchos años, requería de mi mayor concentración para gestionar favorablemente una serie de asuntos que eran, por decir lo menos, definitorios de mi futuro económico.

Aunque muy torpemente, y a pesar de una década terriblemente aciaga, había levantado un poco la cabeza para superar, al menos hacia el mundo exterior, la pérdida de mi mujer, Lucrecia, y mi pequeña hija, Ana. En los últimos tiempos, finalmente la vida me estaba empezando a dispensar algunos timoratos colores sobre la gris existencia que había venido librando desde entonces, siempre acechado, por una botella de tequila o por una bala calibre 45.

Tuvo que ser hasta que llegué con uno de mis principales clientes, que conocí la circunstancia que parecía estar afectando a muchas de las personas con las que me había topado esa mañana.

Al llegar, fuí recibido por él, cariacontecido y espetándome un - *¿Te has enterado?!* - Disparado a quemarropa antes del usual saludo de siempre. E inmediatamente, la respuesta sin darme la menor oportunidad de reaccionar... - *Facebook se fue al carajo... tiene ya 24 horas caído.* - De entrada, me dio risa, después un poco de incredulidad. No sentía que el asunto fuera tan importante al grado de provocar la incipiente histeria colectiva que recién había empezado a atestiguar. Encima, no era nada nuevo que una plataforma como Facebook se pasmara y horas después se restaurara su funcionamiento sin mayor problema.

Esa fue la tónica del resto de mi mañana. En todos los sitios que visitaba, en mi calidad de representante de varias firmas de servicios y equipos cibernéticos, encontré gente realmente obsesionada por ese tema. Lo que no hubiera hecho la menor mella en mi ánimo, si no fuera porque esa circunstancia tuvo un efecto evidentemente negativo sobre mis ventas.

A la hora de la comida, quedé de verme con mi amigo Gastón en el *Barry's* de Palmas. Él, siempre tan predecible con su puchero y sus escalopas de ternera y del que creí sería un islote de paz en ese día de por sí bizarro, dada su conocida reticencia hacia la tecnología, me sorprendió abordando el tema desde un principio:

- *¿Ya sabes qué es lo que trae loco a todo mundo?... Imagínate, ¡Se les ha caído Facebook! Y todo mundo... ¡Parece andar como pollo sin cabeza! De verdad te lo digo, yo lamento que tanta gente esté sufriendo por nada, ¡Un espejismo! Nada más que un espejismo. Aunque, en el fondo, tengo que decírtelo... celebro que esto pase. No sé, de verdad, cuánto tiempo se prolongará esta agonía colectiva, pero al menos espero que les recuerde a todos que ahí afuera hay un mundo por vivir, que nada tiene que ver con ese cubo de virtualidad en el que desperdician la vida..."*  
- Ya desde esa hora el tema parecía empezar a fastidiarme.

Gastón estaba decidido a expresar la noticia al máximo. Yo, impávido, seguía atento el soliloquio de mi amigo, olvidando por unos minutos los trascendentes asuntos que me aguardaban esa tarde.

- *Mira Eduardo...*- Me decía, mientras que, con su tenedor, reafirmaba sus dichos con imaginarias estocadas al aire.

- *Los servicios de Face-Bank, Face-Insurance y Face-Finance será lo primero que restauren los directivos de Facebook. Imagínate el trabuco de tener parado el 12% de los servicios de ahorro y crédito del mundo. Los*

otros servicios...- Y recitaba como letanía...

- ... Ya sabes... el Face-Ticket, Face-Buy, Face-News, Face-TV, Face-School, Face-Health y todos los otros "feises" que no recuerdo, tampoco se pueden quedar sin producir... ¡Ellos tienen que seguir facturando! ...- Remataba cada palabra imprimiéndole un mayor dramatismo a lo que, desde un principio, yo insistía en no concederle tanta importancia.

Después de los aperitivos y la frugal comida, aderezada con el resto de las disquisiciones y las perlas de filosofía de Gastón, me enfilé finalmente hacia donde debía encontrarme con mi destino. Iba hacia el sur más lejano de la ciudad, a las colindancias con la conurbación de Cuernavaca.

Repasando como ocurrieron las cosas. Recuerdo que contrario a mi asidua medida, opté por solicitar un transporte privado. Afortunadamente ese servicio no dependía de Facebook. Pagué para ello la tarifa más cara del mercado, la de un Uber-A autónomo, un verdadero lujo en el 2025, en aquella ciudad de 30 millones de personas.

Curiosamente, viéndolo hacia atrás, me doy cuenta ahora que mis expectativas sobre la que sería mi siguiente reunión, y en la que tenía puestos todos mis anhelos, habían ido cediendo inadvertidamente a lo que, a esas alturas, empezaba a ser un apremio, no obstante, mi manifiesta indiferencia inicial. Algo que no sabría explicar, pero me urgía hurgar en el asunto de Facebook un poco más.

En la gran pantalla del vehículo, dediqué la siguiente hora a escudriñar la red en busca de información significativa sobre lo que realmente estaba ocurriendo

Nunca he sido un tipo que entre en conflicto con la tecnología y menos aún con las formas de vida que trae consigo. Tampoco se puede decir que me haya dejado dominar por ella, y mucho menos ceder a la tentación de renunciar a mi estilo de vida, a mi cotidianidad. Esa había sido mi verdadera fortaleza en esos años. La rutina diaria, la seguridad que me regalaba amarrarme a una agenda, a un plan *on scheduled*, lo que me había permitido sobrevivir los años del dolor más feroz... el de las ausencias.

Averigüé a esa hora, que alrededor del mundo se habían presentado ya una serie de manifestaciones espontáneas y multitudinarias, de muy variada naturaleza, intensidad y consecuencias, y en los que el común denominador era una exigencia cada vez más beligerante de los usuarios, exigiendo el pronto restablecimiento de esa plataforma. Muy pronto los sitios informativos se inundaron de videos con estas demostraciones, las 50 mil personas reunidas en el *Times Square* de Nueva York; la toma simbólica de la Torre Eiffel por parte de 20 mil parisinos; la marcha en Copacabana por casi 15 mil cariocas; aquí en la CDMX la marcha sobre

Avenida de la Reforma con 30 mil asistentes, y así muchas otras, no menos importantes ni concurridas.

Conforme iban pasando las horas, cedía aquella mayoría inicial que, como yo, no compartía la gravedad que se le concedía al asunto, ni acusaba recibo de los anuncios de crisis que flotaban en el ambiente. La certeza que se preconizaba sobre la infalibilidad en la seguridad de la información y la normalización del funcionamiento se empezaba a desmoronar.

A esas horas, otras redes terminaron reventadas por el tránsito inusitado de aquellos frustrados, que trataban de encontrar la "última noticia". Ante todas estas manifestaciones, los directivos de Facebook solo habían lanzado una serie de lacónicos comunicados en los que se informaba muy poco o nada, limitándose a decir que ya se trabajaba en el restablecimiento de la red y que se esperaba informar pronto de su solución.

Esta ausencia de información, por parte de quienes administraban la plataforma y, por esa razón, los responsables de atender las inquietudes de sus usuarios, dio pie irremediablemente a la generación de una serie de hipótesis sobre la causa de ese apagón digital. Todas meras conjeturas sin sustento que, en muy corto tiempo, una vez elucubradas y lanzadas, ya corrían vertiginosas hacia una enorme masa de usuarios ansiosa por oír casi cualquier cosa sobre lo que ocurriría con sus cuentas.

Las hipótesis más insistentes se relacionaban con la acción de oscuros hackers, provenientes de orígenes tan estrambóticos y diversos como el Estado Islámico, grupos de extrema derecha, norcoreanos, la mafia rusa y muchos otros igualmente siniestros. Piratas cibernéticos que introdujeron un bicho suicida a la red, diseñado para devorar toda la información, y luego auto eliminarse sin dejar mayor rastro, pero no sin antes reproducir un número igual de bichos dirigidos para todos los contactos de cada cuenta, los que en cuestión de milésimas de segundos iban destruyendo a su paso todos los datos encontrados, y así en un efecto multiplicador y exponencial, habían requerido de 5 horas para lograr su cometido.

También en el Uber-A, tuve conocimiento del alarmante número de suicidios vinculados directamente con esta circunstancia. Hasta ese momento se reportaban 185 alrededor del mundo.

**-0-**

Cuando llegué a mi departamento esa noche, estaba satisfecho. Ese día había sido uno señaladísimo. Había logrado cerrar el círculo de la mayoría de las metas que me había fijado años atrás. Todas esas metas, conectadas de alguna manera con una sólida y prolongada tranquilidad financiera. Una que bien administrada, pudiera asegurarme una vejez sin

sobresaltos, ni angustias de ningún tipo.

Empero, esa victoria, que para cualquier otra persona hubiera significado la felicidad absoluta; para mí, el tipo rucio y taciturno en el que me había transformado alcanzó apenas para comprar una botella de vino nacional que finalmente no abriría. Ese instante, por mucho, era lo más cercano a la felicidad que podría estar por el resto de mi vida, y aun así permanecía con un sabor acerbo en la boca.

Adicionalmente, estaba el asunto de Facebook, que de verdad me había empañado el día. Estaba perplejo porque a pesar de la mínima importancia que le quise prodigar desde que tuve conocimiento del caso, en nada remediaba el desasosiego que en baja frecuencia me pulsaba en mis adentros.

Llegué y saludé de lejos a mi fiel botella de tequila, el falso faro que me había acompañado, por periodos muy prolongados, en todos esos días difusos que pretendía desconectarme del mundo. Abajo, en la calle, la gente parecía moverse con mayor prisa que siempre, ¿O era sólo mi idea? Sin buscarlo me quedé dormido, el cuerpo me exigía un poco de descanso después de un día tan extenuante y condicionado por un acontecimiento tan nefasto.

Cuando me desperté, habían transcurrido algunas horas. El reloj marcaba las 3 de la mañana, menos diez; la calle vista desde mi ventana permanecía yerma, y a lo lejos la ciudad lucía indiferente a todo. Me incorporé y sin pensarlo prendí la pantalla.

Me sonreí de inmediato, y sin explicármelo sentí alivio. Me enteré de que se confirmaba mi apuesta de todo el día, lo que siempre supuse: Facebook había publicado varios comunicados, y en todos se anuncia el restablecimiento de todos los servicios. Y mi amigo Gastón también había acertado, todos los servicios financieros eran los primeros en restituirse, y después el resto de los servicios. Todo sonaba conveniente, ahora sí dejaría de sentir esa incomodidad que me acompañó durante todo el día... ¿O no?...

Lo siguiente que paso, no lo esperaba.

Después de anunciar un gran paquete de funcionalidades que reiniciaban sus operaciones. Facebook, en la boca de sus directivos, dejaba un último y lacónico comunicado:

*"... Facebook informa que, aunque resta todavía un mejor y más completo análisis sobre la situación que se ha presentado desde el día de ayer, 22 de junio del 2025, ya estamos en condiciones de informar que ha sido resultado de un ataque hecho por expertos y con una intención criminal. Que después de esfuerzos denodados por conseguir el*

*restablecimiento de su plataforma, esto se ha logrado casi en su totalidad, lo que significa que aún queda trabajo por hacer. Que al día de hoy no se han podido recuperar 17,1 billones de fotografías y 3.3 billones de videos. Que no quede la menor duda que se hará lo que sea necesario por recuperar el patrimonio documental que pertenece únicamente a los usuarios...".*

Yo ya no quise oír más y apagué la pantalla. Un dolor agudo e intenso atacó mis sienes, y me desplomé al piso. En algún punto empecé a llorar desgarradoramente, y después de no sé cuánto tiempo, ese llanto se fue atemperando, por el cansancio, hasta llegar a ser apenas audible. Todas mis heridas se habían abierto a la par.

**-0-**

Hoy, tiempo presente, es el 15 de junio del 2055, tengo ya 74 años, y estoy a solo 7 días de los 30 años de aquel día, el segundo día más triste de mi vida. El primero, fue aquel en el que mi familia murió en un incendio del que no quedó nada, nada, ni siquiera una simple fotografía.

Las únicos videos y fotografías de Lucrecia y Ana, después del incendio, las tenía en mi página de Facebook. Nunca pude volver a verlas: no tuve el buen cuidado de imprimir nada, para colgar en un gran cuadro para alguna pared, o un cuadro más pequeño para mi buró, ni siquiera una pequeña para mi cartera.

Ese día se fueron todos mis recuerdos junto con los de más de 5 mil millones de personas. Facebook, nunca pudo recuperarse, se fraccionó en una serie de empresas y desapareció.

Yo aprendí a vivir por segunda vez. Dejé el alcohol por completo y me deshice del viejo revólver 45. No recuerdo los rostros de Lucrecia ni tampoco el de Ana.

Me ha pasado 5 veces en todos estos años que, cuando camino por la calle, me he encontrado con alguna niña que me hace pensar: "Esa niña se parece mucho a mí Ana", entonces procuro sentarme cerca de donde se encuentra para seguirla viendo un poco más.

Ese es para mí, lo que yo llamo un día feliz.